

La salida de Acebes y Zaplana de la primera línea popular

El accidentado viaje del PP

Lo difícil para Rajoy llegará tras el congreso: hallar el tono de oposición, ir al centro y rectificar en Catalunya

JOAN
Tapia

El PP volvió a perder el 9-M –lo peor que le podía pasar–, pero mejoró resultados. Y el aumento de sus votos fue superior al de los socialistas. El PP no fracasó porque no le pasó lo que a **Almunia** en el 2000. Y hasta habría ganado si Catalunya fuera independiente. El PSOE obtuvo en España 11.064.000 votos, frente a 10.169.000 del PP. Pero esta diferencia –895.000 votos– es menor a la de más de un millón que el PSC le sacó al PP en Catalunya. Si se añade que en Euskadi los socialistas aventajaron en 219.000 votos a los populares, la conclusión es obvia.

La campaña virulenta contra el Estatut, pese al ruido provocado, fue una mala inversión en Catalunya. Y la negociación con ETA –pese a que acabó en fracaso– no fue una mala inversión de **Zapatero**. Al menos en Euskadi. Y al PP le explotaron en la cara el antinacionalismo radical y el exceso de crispación. Quizá había fijado el voto, e incluso podía haber robado algún voto socialista, pero había movilizado a la contra a Euskadi y a Catalunya.

ESTA DOBLE constatación –el PP mejoraba resultados, pero era derrotado en Catalunya– tuvo repercusión inmediata. **Rajoy** y muchos barones territoriales concluyeron que el PP no debía quedar en manos de **Esperanza Aguirre**, con lazos visibles con el aznarismo y con la prensa militante (la teoría de la conspiración venderá diarios, pero no gana elecciones). Por eso, el martes posterior al 9-M **Rajoy** dijo que los resultados eran buenos, que no se iba y que optaría a presidir el PP con su propio equipo, cuya composición se conocería a la apertura del congreso.

Así, **Rajoy**, con apoyo de los barones territoriales, cortaba el paso a **Aguirre**, cuya candidatura había lanzado **Anson** la misma noche electoral. Y la alusión al «propio equipo» fue interpretada como que los aznaristas **Acebes** y **Zaplana** no formarían parte de su núcleo duro. Y desde entonces **Rajoy** ha impuesto su guión. **Zaplana** dimitió como portavoz y montó su fuga a Telefónica. Su sustituta, **Soraya Sáenz de Santamaría**, tiene la confianza de **Rajoy** y es mucho más abierta. Y su ascenso generó un terremoto en el grupo parlamentario. Además **Rajoy**, ante **Camps** (Valencia) y **Valcárcel** (Murcia), los dos grandes graneros de votos, apartó de Madrid, desafiando a **Aguirre**. El PP debía ser una opción de centro, que apostara por el papel protector del Estado, y no un ideologizado partido neoliberal.

La guinda de la mutación fue el anuncio ayer de **Ángel Acebes** –sin esperar al congreso– de que le había comunicado a **Rajoy** que no contara con él. El disciplinado **Acebes** no esperaba al motorista y daba el portazo. Así, todo lo sucedido es fruto de la decisión de **Rajoy** de quedarse e iniciar, apoyado en los barones regionales, un nuevo viaje al centro y un estilo de oposición menos crispado. Sin embargo, el camino hacia el



MARIA TITOS

Si Rajoy naufraga en la travesía, lo lógico sería recurrir a un barón territorial con éxito probado, aunque siempre está la tentación del pasado

congreso se está revelando duro y los cambios reciben fuego graneado. Un diario de la capital titulaba ayer: **Acebes también da el portazo: «Le he dicho a Rajoy que no cuente conmigo»**. Como si **Zaplana** y **Acebes** se fueran por voluntad propia y para salvar las mejores esencias del PP. ¿Por qué **Rajoy** da esta aparente sensación de soledad e incluso de debilidad?

Por varias razones. La primera es que, al agitar la coctelera, **Rajoy** ha molestado a varias parroquias de la derecha: la prensa militante a la que ha dejado de obedecer, la que procede del aznarismo activo y multifor-

me, la de los que secundan la ambición presidencial de **Aguirre** y la de los que se sienten postergados por la irrupción de **Soraya** y por la incógnita del nuevo secretario general. La segunda razón es que **Rajoy** empieza su marcha al centro con cuatro años de retraso y no tiene, pues, el apoyo de muchos que le atribuyen responsabilidad por la oposición radical de la pasada legislatura. La tercera es que todo partido que pierde tiende a querer lavarse en el Jordán. **Rajoy** ha perdido dos elecciones y el movimiento proprimarias –lanzado por los que nunca discutieron el exhibicionismo autoritario de **Aznar**– es bien acogido por muchos afiliados de buena fe. La cuarta es que hay sectores que buscan deslegitimar la victoria de **Rajoy** en el congreso para desestabilizarlo antes del 2012 si los resultados de las elecciones europeas, vascas o gallegas lo permiten. Y también hay cargos que creen que **Rajoy** no es el líder para pilotar la nueva etapa.

¿QUÉ PUEDE pasar? **Rajoy** debe ganar sin problemas el congreso de junio. Entonces empieza lo difícil. Encontrar el tono de una oposición firme pero responsable, lograr la complicidad de las clases medias y rectificar en Catalunya. Y no está garantizado que sepa capear el oleaje. ¿Qué pasará si naufraga en la travesía? Lo lógico sería recurrir a un barón territorial con éxito probado: **Camps**, **Núñez Feijóo** –si gana Galicia–, **Gallardón** o la propia **Aguirre**. Pero siempre está la tentación del pasado. Recurrir a **Aznar** sería viajar por un absurdo túnel del tiempo. Pero queda **Rato**. Muchos creen que **Aznar** lo postergó porque no supo disimular que tenía personalidad. Y **Rato** tiene una imagen de competencia económica y de derecha mesurada. Pero quizá la ambición de **Rato** ya no está en la política. ■ Periodista.

La rueda

JOSEP-MARIA
Terricabras

La justicia española, un problema

os (pocos) que nos quejamos de la lamentable ideologización de la justicia española tenemos ejemplos constantes de lo que criticamos. Estos días los medios han hablado de tres casos a tres niveles diferentes.

Primer caso: el juzgado de lo penal número 2 de Terrassa condenó en el 2002 a **Franki** (**Francesc Argemí**) a dos años y siete meses de cárcel por haber querido descolgar una bandera española del Ayuntamiento de Terrassa. Aunque yo acepte –con datos en la mano, no me es fácil– que el juicio fue limpio, la sentencia –con atentado a la autoridad y desorden incluidos– es alucinante: idos años y siete meses! La Audiencia Provincial de Barcelona ha confirmado la alucinación. Y **Franki**, en la cárcel. ¿Saben el juzgado de Terrassa y la Audiencia Provincial que en el siglo XXI nadie tiene que ir a la cárcel por querer descolgar una bandera?

Segundo caso: el juez **Garzón**, de la Audiencia Nacional, llama a la alcaldesa de Mondragón, de ANV, como testigo y allí mismo la encarcela, al parecer por acusaciones ligadas a su, llamémosle, mala

Tenemos ejemplos constantes de la ideologización de los tribunales

«voluntad» –terreno más espiritual que legal– y porque el juez había suspendido las actividades de ANV, pero ella no hacía caso. ¿Sabe el juez que la alcaldesa no es un partido, sino una persona que debe seguir cumpliendo sus responsabilidades políticas? En realidad, poco antes, una moción de censura no se había podido cargar democráticamente a la alcaldesa. Oportunamente, se ha concedido audiencia a sus contrincantes políticos.

Tercer caso: el Tribunal Supremo parece que ya mercedeaba con el Estatut de Catalunya. Aceptaremos esto, sacaremos aquello, tú por aquí, yo por allí. ¿Saben los jueces que somos muchos los que no les reconocemos autoridad moral –aunque tengan poder– para juzgar con neutralidad el Estatut, ya que ellos mismos han sido elegidos por partidos políticos a los que deben butaca y obediencia?

Solo tres ejemplos: como si querer tocar cualquier bandera fuese delito mayor, como si los jueces pudiesen frenar el debate político o negociar con las decisiones de un referendo popular. La justicia española es un problema. ■

Animus
iocandi

Ferreres